



POR EL CAMINO DE EMAÚS

ESCENA I

(La "escena" comienza en el mismo círculo en el que están sentados los jóvenes.)

Narrador: Aquel primer día de la semana, los vecinos de Jerusalén, a pesar de la fiesta del Sábado, se despertaron tristes, perplejos, sin terminar de creerse lo que había ocurrido el viernes en la colina del Gólgota. En casi todas las casas se hablaba aún de aquello y de la mala suerte de Jesús, el profeta de Nazaret, asesinado por los gobernantes de la capital... Nosotros estábamos escondidos por miedo a los guardias que seguían vigilando las calles... Desde la primera hora, nuestro sobresalto fue mayor cuando Pedro y las mujeres llegaron diciendo que el sepulcro estaba vacío y que habían visto a Jesús...

Marcos: Oye Magdalena, tranquilízate.

Magdalena: Te oigo Marcos y estoy tranquila. Digo que lo he visto. ¡Jesús está vivo! ¿Es que no comprendéis lo que ha pasado, cabezas de alcorneque? ¡Los poderosos no se salieron con la suya! Dios le ha dado la vuelta a las cosas. Era lo prometido: los pobres, que éramos siempre los últimos, somos los primeros y ilos muertos están vivos! ¡Llegó el Reino de Dios! ¡Yo lo he visto!

Marcos: Vale, vale... Magdalena, de verdad, siento mucho lo que te pasa... Intentaremos encontrar algún remedio...

Juana: ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿No nos creéis?

María la de Santiago: Déjalos... Ya se convencerán cuando ellos mismos lo vean... No nos creen porque somos mujeres... ¿qué le vamos a hacer?

Juana: Pero nosotras ino estamos diciendo mentiras!!

Santiago: ¡No! Están diciendo locuras, que es peor... Y si seguimos así, todos acabaremos viendo angelitos...

Marcos: Bueno, yo me voy... Aquí ya no hay nada que hacer... Oí decir a Cleofás que quería marcharse a Emaús... Me voy con él. Adiós, que tengáis suerte.

Narrador: Cuando Marcos salió en busca de Cleofás, cerramos la puerta con tres cerrojos. Pedro y las mujeres volvieron a contarnos lo que habían visto, lo que habían oído... Nosotros, aburridos del mismo cuento, no nos creíamos nada de aquello... Habían pasado las horas. Ya era de noche y habíamos encendido un par de lamparitas, cuando la puerta del sótano se vino abajo por los golpes:

Cleofás: ¡Eh, eh...! ¡Abridnos!

Marcos: ¡Pedro! ¡Juan! ¡Abrid la puerta!

Santiago: ¡Recuernos! ¿quién viene a estas horas?

Magdalena: Parece la voz de Marcos... ¿no oyes?

Juan: Abre tú, Santiago, con cuidado... puede ser una trampa...

Narrador: Cuando Santiago abrió la puerta, Marcos y Cleofás, entraron como un torbellino. Venían empapados de sudor y saltando de alegría...

Marcos: ¡Teníais razón! ¡Lo hemos visto!

Pedro: ¡Vaya! ¡Mira por dónde...!

Santiago: Pero ¿qué es esto? ¿Una jaula de locos?

Magdalena: Calla, Santiago, que hablen ellos... A ver, ¿cómo fue?

Cleofás: Mirad, nosotros salimos para Emaús... Íbamos conversando por el camino...

Narrador: Y Marcos y Cleofás empezaron su relato...

ESCENA II

(EN EL CAMINO DE EMAÚS. *Los personajes Marcos y Cleofás se ponen de pie y simulan ir caminando.*)

Cleofás: Es terrible Marcos, en toda mi vida he visto una injusticia mayor que el juicio que le hicieron al nazareno... Es para volverse locos y más...

Marcos: ¿Sabes? Yo conocía a Jesús hace más de un año, a través de mi amigo Pedro. ¡Qué tipo! Un hombre de una pieza. Yo le decía a Pedro: si no es éste el Mesías, está muy cerca... Dios estaba con él y los pobres de este país también... Era de los nuestros...

Cleofás: No tenía que haber muerto. Ahora ¿qué esperanza nos queda? Ya ves lo que son las cosas, la yerba mala, no se muere... y a los que sirven, nos los quitan enseguida...

Marcos: Este pueblo está dejado de la mano de Dios... Uno no se puede hacer ilusiones con nada...

(*En ese momento, se acerca el Caminante*)

Caminante: Vais con cara tristonera... ¿Ha ocurrido algo malo?

Cleofás (dirigiéndose al público como quien habla consigo mismo): ¡Vaya con este tipo curioso! ¿De dónde sale ahora? ¿Quién le mandará meterse donde nadie le llama?

Marcos: ¿No sabes nada? Pues serás el único peregrino que ha estado en Jerusalén y no se ha enterado...

Cleofás: Sí, hombre... Lo de Jesús. ¿Cómo no vas a saberlo? Si desde el día del alboroto en el templo no se ha hablado de otra cosa en la ciudad...

Marcos: Era un profeta... No, más que un profeta... Dios estaba con él. Hizo cosas grandes y gritaba la verdad a los cuatro vientos... Nosotros creíamos que había llegado el momento de la

liberación de Israel... Pero los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron a los romanos para que lo crucificaran... Ya hace tres días que ocurrieron estas cosas.

Cleofás: Las cosas salieron al revés: ni llegó el Reino de Dios ni pasó nada. Lo mataron como a todos los que dicen la verdad... Siempre es lo mismo...

Marcos: Bueno, la verdad, es que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, diciendo que lo habían visto vivo... ¡Figúrate!! Pobrecillas... claro, ya son varias noches sin dormir...

Cleofás: Alguno de los nuestros fueron al sepulcro... y es verdad que lo encontraron vacío, pero nada más.

ESCENA III

(Los personales Marcos y Cleofás vuelven a sentarse en el círculo con los demás)

Marcos: Y el caminante aquel, callado, iba escuchándonos con interés... Parecía buena persona...

Cleofás: Y entonces fue cuando nos dijo que teníamos la cabeza más dura que una piedra... Yo me molesté bastante, la verdad... Pensé: "Vaya tipo atrevido. Que se meta con su suegra, si quiere".

Marcos: Se puso a explicarnos un montón de cosas de la Escritura. Se la sabía del derecho y del revés...

Cleofás: Amigos, nos dijo cosas grandes, de esas que no se olvidan... Nos dijo que los que luchan por la justicia mueren, pero Dios no echa su suerte en saco roto, que ellos son como semillas que se hunden en la tierra y nacen de nuevo, llenos de frutos. Nos repetía que no estuviéramos tristes, que nunca la muerte tiene la última palabra...

Marcos: Y también nos decía que todo esto había sido como la Pascua en Egipto, cuando Moisés. Que el Mesías había tenido que atravesar el mar Rojo de la sangre para poder entrar en la tierra prometida. Que nos secáramos las lágrimas, que el Reino de Dios había empezado... Bueno, yo no sé repetirlo todo... pero aquel paisano decía las cosas de una manera que se te ponía la carne de gallina.

Cleofás: Eran palabras que te entraban adentro como brasas...

Marcos: Pero, ahora viene lo mejor... Resulta que cuando llegamos a Emaús... el caminante hacía ademán de seguir adelante. Le dijimos que se quedara con nosotros, que ya estaba anocheciendo... y total, donde cenan dos, cenan tres.

Cleofás: Y se quedó. Y nos sentamos a cenar. Nosotros, cada vez más entusiasmados con la conversación.

Marcos: Y entonces, cuando estábamos comiendo, el caminante coge el pan, lo bendice, lo parte, nos da un trozo a cada uno... ¡¡¡igualito, igualito, igualito que el jueves por la noche, cuando celebramos la Pascua con él!!! Era Él. Era Jesús. Estamos seguros. Y por eso, salimos corriendo para acá, para venir a contarlo...

Cleofás: Sí, amigos, estoy hay que gritarlo a los cuatro vientos. Que lo sepan todos: Jesús está vivo.

Todos: ¡Súbete a un alto monte, alegre mensajero de Sión!

Grita con voz fuerte, alegre mensajero de Jerusalén. Grita sin miedo.

Di a las ciudades de Judá: “Ahí está vuestro Dios”

¡Ya viene para consolar a todos los que lloran, para cambiar nuestra ceniza en corona, el traje de luto en vestido de fiesta, nuestro desaliento en cantos de victoria!

NOTA: Los personajes Narrador, Marcos, Cleofás y Caminante deben estar preparados previamente (podrían ser los monitores). Los demás papeles, se distribuyen entre los jóvenes. Sólo se les da el texto de la Escena I.

PARA TRABAJARLO:

Lectura dialogada del texto (con un “mínimo” de dramatización).

Terminada la lectura – si se cree conveniente- se pueden hacer algunos comentarios sobre la escena.

Se reparte entre los jóvenes una hojita con algunas indicaciones para la reflexión personal.

Haz memoria de momentos o épocas de tu vida en los que has estado a punto de alejarte de Jesús y de su comunidad, o incluso has llegado a abandonar, por una crisis de fe, por rebeldía, por situaciones personales difíciles... Recuerda alguno de esos momentos y la experiencia que viviste de falta de sentido, de ausencia, de lejanía...

Reconoce en la trayectoria de los discípulos de Emaús, tu propia trayectoria de búsqueda de vida verdadera: se alejan de la comunidad, huyen de Jerusalén, rechazan la cruz, pero todo eso les deja vacíos...

Recuerda también cuáles han sido los caminos misteriosos por los que volviste (o sientes el deseo de volver) a Jesús y a su comunidad: personas, acontecimientos, palabras... Y como el Resucitado, tantas veces, se ha hecho el encontradizo contigo, para devolverte la alegría, la paz, el perdón, el sentido...

Para compartir con un compañero de camino:

- ✓ ¿Qué dificultades encuentras para reconocer a Jesús en el camino?
- ✓ ¿Has pasado por momentos especialmente oscuros y desesperanzados?
- ✓ ¿Por qué caminos sientes que has vuelto a encontrarte con el Resucitado?
- ✓ Comunica algún momento de tu vida, alguna circunstancia concreta, alguna relación personal, alguna palabra del Evangelio que consideras especialmente significativa en este proceso de conocer y seguir a Jesús de Nazaret.

A continuación, se distribuyen de dos en dos y se les invita a “hacer camino de Emaús” compartiendo lo reflexionado personalmente... Seguramente, muchas otras cosas saldrán al hilo de lo compartido...

Al volver, se comparte brevemente la experiencia de Emaús.

- ¿Qué ha supuesto para vosotros poder compartir vuestro “camino personal” de fe?

Con la experiencia de Resurrección, volvemos a la vida cotidiana... Los dos discípulos de Emaús, después de encontrarse con el Resucitado, lo primero que hacen es emprender el *camino de vuelta*, como haremos nosotros también.

Se abre un diálogo sobre fe y vida cotidiana, etc.

Oración final:

¡Quédate con nosotros!

Tú que has hecho camino con nosotros
tú que te has acercado a nuestras dudas,
a nuestros temores, a nuestros desánimos:
¡QUÉDATE CON NOSOTROS!

Tú que nos has abierto la Escritura
y con tu palabra y tu presencia
has hecho arder nuestro corazón:
¡QUÉDATE CON NOSOTROS!

Tú que aceptado no abandonarnos
al declinar el día,
Tú que has compartido nuestro techo
y has partido para nosotros el pan:
¡QUÉDATE CON NOSOTROS!

Tú que nos has devuelto el ánimo
y has hecho renacer en nosotros el gozo;
Tú que nos envías a anunciar a los que tienen miedo
que nos precedes en el camino
y nos preparas una mesa:
¡QUÉDATE CON NOSOTROS!

Tu cuerpo es el pan que nos congrega,
tu sangre es el vino de nuestra fiesta:
al reunirnos en tu Nombre,
tu Eucaristía se convierte para nosotros,
en esperanza de una vida siempre nueva.
¡QUÉDATE CON NOSOTROS!

